

VACHEZ

◆ Sobrevivimos al 2009, quedan sobre la mesa el recuento y los objetivos.

Un año más

MYRIAM VACHEZ

Se nos acabó el año y aunque sepamos que estas fechas son convencionales y acordadas, algo dentro de nosotros nos impulsa a seguir albergando todo tipo de esperanzas con respecto al año nuevo y que deberá, obviamente, ser mejor que el que se terminó.

2009, Año Internacional de la Astronomía, será por desgracia mucho más recordado por la crisis económica mundial que por los eventos que, en todo el mundo, intentaron propiciar que la gente volteara al cielo y tuviera así la oportunidad de ubicar nuestra Tierra y nuestros problemas en su verdadera dimensión. Pero, quién recuerda que en enero hubo un eclipse solar anular cuando, unos días antes, Barack Obama, en emotiva, multitudinaria y festiva ceremonia, asumía la Presidencia de Estados Unidos, encarnando no sólo la esperanza del mundo entero sino también la exaltación que producía el pensar que, ahora sí, la humanidad había logrado ascender un nivel en la escala del humanismo.

Un año después, claro está, ya nos acostumbramos a su presencia y aunque muchos lo seguimos admirando, hay quien no le perdona el haber aceptado el Nobel de la Paz y menos el haberlo recibido con un discurso sobre la guerra. Pero bueno, como el año nos

golpeó muy fuerte, particularmente en México, el tema Obama tampoco fue prioritario para nosotros.

Grave la epidemia de influenza A H1N1, tan drásticamente combatida en mayo por nuestras autoridades que con ello se causó más daño a una economía ya bastante lastimada. ¿Recuerdan cómo todos los habitantes de grandes ciudades mexicanas llevábamos mascarilla en la calle y cargábamos gel antibacterial en la bolsa? ¿Recuerdan las calles casi vacías? ¿Y ahora, en pleno invierno helado, prácticamente nadie se cuida!

Como si eso no bastara, todavía se nos vino encima el dengue y con él las infinitas colas de enfermos en todos los centros de salud, esperando ser atendidos por unos médicos que no lograban darse abasto... además de la guerra contra el crimen organizado a la que también nos acostumbramos al grado de ya ni siquiera nos alteramos cuando las noticias nos hablan de decapitados o ametrallados.

Heredamos problemas como el de Iraq y el de Afganistán, envenenando por contagio a Paquistán, en una guerra contra los talibanes que parece no tener fin. Israel y el Hamas Palestino, viejísima historia, van y vienen entre ceses al fuego, vueltas a la guerra e intentos de mediación internacionales fallidos, acompañados de las amenazas del presidente iraní contra Israel, que para colmo se reelige y es recibido amistosamente por sus amigos latinoamericanos -tanto por los semejantes a él como por los verdaderos de-

mócratas- causando con ello revuelo en Estados Unidos.

En Europa también hay una importante reelección, la de la señora Angela Merkel a la que, con justa razón, sus conciudadanos premiaron, entre muchos otros logros, por hacer que Alemania atravesara la crisis sin los daños enormes que sus veci-

nos han sufrido. Particularmente, por supuesto, España y también, aunque menos, Francia.

En fin, un año complicado.

Pero lo que realmente fue dramático en este año de crisis y que alejó definitivamente los ojos de los hombres de la observación del cielo estrellado, que eclipsó las catástrofes, sequías, inundaciones, calentamientos globales y cumbres fallidas de Copenhague, fue el reporte de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) en el cual se estima que más de mil millones de personas en el mundo padecen severa subalimentación. Y hablar de subalimentación, sobre todo en edades tempranas, es hablar irremediablemente de incapacidad de vivir una vida digna o de aspirar a un futuro mejor; es hablar de personas condenadas de manera irrevocable.

Antes que cualquier otro, el primer objetivo de la humanidad debe ser resolver esta terrible injusticia del destino o de la lotería natural, diría Rawls.

